



TARTESO
TERRITORIO
Y CULTURA

Sebastián Celestino Pérez

Ariel

Sebastián Celestino Pérez

Tarteso

Territorio y cultura

Ariel

1.^a edición: abril de 2016

La presente edición es una actualización del capítulo «Tartessos» perteneciente al libro De Iberia a Hispania (Ariel, 2008).

© Sebastián Celestino Pérez, 2008, 2016

© Del prólogo, Francisco Gracia Alonso, 2016

Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo:

© 2014 y 2016: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2353-4

Depósito legal: B. 5.053 - 2016

Impreso y encuadernado en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.confllicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Prólogo	7
I. Tarteso: un concepto histórico	11
II. El mito.	16
III. La leyenda y las fuentes históricas	21
El retorno de los héroes	21
Las referencias grecolatinas	22
Tarsis en la Biblia	30
Las referencias epigráficas de Tarsis	34
IV. Tarteso a través de la historiografía	35
Un recurso para la identidad nacional	35
Los inicios de la Arqueología colonial: Bonsor	38
A la búsqueda de la ciudad: Schulten	41
Una alternativa científica: la paleografía	44
Un término de compromiso: el Orientalizante	46
El nacimiento de la Arqueología tartésica: Maluquer de Motes	50
Entre el fósil-director y la estratigrafía. El positivismo	57
Un nuevo concepto de Tarteso. La aculturación	59
A la búsqueda de una identidad material. Las tipologías	62
Una sociedad de elites. La interacción	66
V. El origen del territorio tartésico	78
La «precolonización»	79
La formación de Tarteso	94
Las estelas del suroeste o tartésicas	97
VI. Un paisaje para Tarteso	111
El ambiente geográfico de Tarteso	112
Un paisaje modificado	114
La metalurgia como justificación del cambio económico	122
La económica tradicional: la ganadería	133
La expansión de la agricultura	136
VII. La fase oriental de Tarteso	142
El desarrollo urbano de Tarteso	146
La arquitectura religiosa en Tarteso	158
El mundo funerario	175
La artesanía tartésica	192
La cerámica	192
Los bronceos	203

Los marfiles	210
La orfebrería	213
La religión a través de la imagen	222
VIII. Crisis de Tarteso y auge de su periferia	229
Nota a la segunda edición	257
Bibliografía	265
Obras generales	273

TARTESO

I. Tarteso: un concepto histórico

Desde antes de la consolidación de la Arqueología como Ciencia Social, Tartessos ha formado parte de la Historia, pero también del mito, lo que le ha conferido un halo de misterio que ha perjudicado el discurso histórico que sobre su construcción cultural han intentado un gran número de investigadores. Podemos decir sin miedo a equivocarnos que Tarteso ha centrado la mayor parte del debate histórico del final la prehistoria de la península Ibérica o Protohistoria, amén de haber inspirado una amplia literatura que prácticamente abarca todos los géneros, desde el ensayo hasta la novela histórica. También es sorprendente ver cómo proliferan las páginas de Internet, los foros de debate y las revistas impresas de alta divulgación donde se aborda el tema de Tarteso como si de un arcano histórico se tratase, obviando casi siempre los datos arqueológicos que en ocasiones explican algunos de esos supuestos misterios. Esa visión optimista emana de unas fuentes escritas que, cuando se refieren a Tarteso, evocan un mundo opulento y exótico que contrasta sobremanera con la realidad arqueológica. De ahí la palabra más utilizada para referirnos a Tarteso: enigma.

La variedad de interpretaciones sobre el concepto de Tarteso es manifiesta: son muchos los que piensan que no existe una entidad cultural bajo ese nombre; otros critican que se utilice el término para configurar una comunidad étnica; hay quienes no admiten que existiera Tarteso antes de las colonizaciones mediterráneas; pero también hay un grueso grupo de investigadores para quienes Tarteso no sólo estaba conformada como una entidad política y cultural antes de la llegada de los fenicios, sino que además disponía de una sólida organización política capaz de asumir sin dificultades los retos de una nueva y determinante situación en el sur de la península ibérica como era la llegada de los primeros colonos orientales. Tampoco existe unanimidad en cuanto al marco geográfico donde se ubicaba, para unos restringido al suroeste de Andalucía, en un triángulo formado por las actuales ciudades de Huelva, Cádiz y Sevilla, mientras que para otros su irradiación abarcaría hasta la costa suroriental levantina, sin que falten quienes extienden su influencia por el norte hasta el río Guadiana e incluso la desembocadura del río Tajo. Pero la polémica se intensifica cuando se intenta identificar Tarteso con

la Tarshis bíblica, o cuando se justifica su existencia bien como un territorio con cierta homogeneidad cultural, o bien con una opulenta ciudad que desempeñaría un papel crucial como capital de un gran reino. Quizá por todo ello hay algunos investigadores reacios a utilizar el término tartésico como fase cultural, prefiriendo refugiarse en el de Orientalizante, mucho más elástico y ecléctico; pero no deberíamos tener ningún complejo al respecto, independientemente de que Tarshis sea o no Tarteso o de que la configuración de éste se realice antes o después de la colonización fenicia, Tarteso es un término de compromiso que aunque respondiera a un mito nos sirve para definir un período cultural, como el mito de Minos sirvió para definir la cultura cretense o minoica, por poner el ejemplo más conocido.

También en estos últimos años se ha abierto con fuerza un nuevo foco de discusión sobre la adscripción cultural de algunos asentamientos y necrópolis que hasta hace poco se clasificaban como tartésicos, pero que hoy algunos investigadores no dudan en identificar como fenicios.

Es quizá por todo ello una asignatura en cierto sentido apasionante para los estudiantes de Historia, ávidos por conocer la versión académica de este atractivo fenómeno cultural. Pero sin duda también es un reto para el profesorado universitario, que tendrá que armarse de argumentos sólidos para vencer las ideas preconcebidas que fácilmente han podido adquirir los alumnos en los ámbitos de difusión aludidos. Sin embargo, el mayor peligro para el alumno inicialmente interesado en esta fase histórica es la saturación; en efecto, llama la atención ver cómo Tarteso se incluye en el temario de diferentes asignaturas precisamente por participar de todos los ingredientes para convertirse en un tema recurrente y de innegable atractivo. Así vemos que su enseñanza se imparte tanto para explicar el final de la Edad del Bronce como para entender el inicio de la cultura ibérica; como es lógico, también es irrenunciable a la hora de estudiar las colonizaciones mediterráneas; asimismo se imparte cuando se aborda la formación de los denominados pueblos prerromanos del interior, ya sea bajo la óptica céltica o mediterránea; y todo ello duplicado desde las a menudo diferentes visiones de la Arqueología y de la Historia Antigua. Tanta insistencia en la enseñanza de la cultura tartésica no se corresponde ni con su dinámica investigadora, todavía muy acotada, ni con la parquedad de respuestas a muchas de las preguntas que aún existen sobre su formación y desarrollo, lo que genera cierto grado de frustración y la consiguiente derivación de algunos interesados hacia otras etapas de la Historia.

Además de las interpretaciones de las fuentes grecolatinas, dirigidas fundamentalmente a despejar la ecuación Tarsis/Tarteso, hasta hace pocos años los trabajos sobre Tarteso se han limitado prácticamente a los estudios derivados de las numerosas y significativas necrópolis excavadas desde finales del siglo XIX, una fuente siempre rica en documentación arqueológica, pero muy limitada a la hora de hacer la valoración global de una sociedad. A partir de los excelentes y variados materiales procedentes de estos contextos funerarios, donde destacan los elabora-

dos en bronce, caso de los jarros y recipientes rituales o *braserillos*, las esculturas zoomorfas o los objetos de adorno personal, así como los marfiles u otros objetos realizados con metales nobles, se han hecho denodados esfuerzos por reconstruir algunas facetas de la cultura tartésica, condicionando la interpretación de otros objetos similares hallados fuera de contexto arqueológico, caso del mencionado conjunto jarro-*braserillo* o de los marfiles, que sin embargo hoy se ha podido comprobar que también aparecen en ambientes que nada tienen que ver con el mundo de la muerte. Los significativos conjuntos áureos procedentes de oculaciones o de hallazgos aislados también han tenido una trascendencia evidente por su calidad técnica o decorativa, caso de los tesoros de Aliseda, Cortijo de Ébora o el Carambolo, por poner los ejemplos más conocidos; otros muchos materiales hallados fuera de contexto también han contribuido a conformar el elenco de materiales tartésicos, entre los que destacan las losas inscritas con signarios que se han venido denominando de diferentes maneras, aunque prevalece el apelativo de tartésico. Estos materiales, también de alta significación social, han generado ríos de tinta, pero al proceder mayoritariamente de hallazgos fortuitos, limitan aún más el conocimiento global de la cultura a la que se adscriben, pues restringe su mirada a los más favorecidos socialmente.

En los últimos años se han dado pasos muy importantes para poder acercarnos al conocimiento del mundo religioso tartésico gracias al descubrimiento y excavación de complejos arquitectónicos de alto valor cultural. Los trabajos y las consiguientes publicaciones de lugares como Cancho Roano, Marqués del Saltillo, *Caura*, Montemolín o el Carambolo, han arrojado nueva luz sobre la decisiva influencia oriental en este tipo de construcciones de carácter religioso, no sólo en sus aspectos técnicos, sino lo que se antoja más importante, en su cariz ideológico. También se ha avanzado significativamente en el conocimiento de algunos asentamientos, sobre todo en el área portuguesa, lo que ha abierto un espacio geográfico que está adquiriendo un evidente protagonismo a la hora de interpretar uno de los temas arqueológicos de mayor actualidad, la colonización tartésica del interior peninsular.

Por el contrario, y por increíble que parezca, aún no se ha excavado con cierta extensión un poblado tartésico, ni hay proyectos a la vista que lo contemplan; sin embargo, sí conocemos varios asentamientos en el suroeste peninsular que nos han permitido conocer con cierto detalle la cultura fenicia de occidente, si es que no es ésta también la mejor forma de conocer lo verdaderamente tartésico. En efecto, desde que en los años sesenta del siglo pasado se comenzaran a acometer intervenciones arqueológicas sistemáticas en yacimientos fenicios de la península Ibérica, complementados con los trabajos que se realizaban en esa misma época en el norte de África y en el Mediterráneo central, el conocimiento de lo fenicio ha ido siempre muy por delante de cualquier otro fenómeno cultural de esa fase histórica, hasta tal punto que muchos investigadores se preguntan si en el suroeste peninsular estos estudios no deberían integrarse, pues parece que la mejor forma de entender lo tartésico es profundizar en

el impacto de la colonización, tanto fenicia como griega. Es muy difícil definir la importancia de la colonización mediterránea sin hablar de la estructura socioeconómica de los pueblos que habitaban en el sur de la Península, como es inviable hacer un discurso coherente sobre la cultura tartésica sin hacer continuas referencias al hecho colonial fenicio.

La ubicación de Tarteso en el extremo occidental del mundo en esos momentos conocido, sin duda favoreció que los griegos lo eligieran como el lugar más propicio para escenificar algunos de sus mitos, entre los que destacan los de Perseo o, sobre todo, los del ciclo heracleo, donde aparecen personajes ya directamente relacionados con la mítica monarquía tartésica como Gerión. Pero también el Tártaro, el lugar más profundo del Hades donde desembocaban los espíritus más perversos, se ubicaba en los confines de la Tierra, frente al océano, cuyo topónimo además se ha identificado en no pocas ocasiones con el de Tarteso. Por si fuera poco, también algunos han alimentado la idea de que la Atlántida que describe Platón en uno de sus Diálogos, en concreto el de Critias, sea la Tarteso histórica, lo que ha derivado en una ficción que ha perjudicado gravemente la intención de conformar la realidad histórica de Tarteso. Pero lo cierto es que ni Hesíodo ni Homero hacen referencia alguna a Tarteso en sus escritos, lo que puede deberse, simplemente, a su inexistencia en la época en la cual elaboraron sus famosos escritos. La polémica sobre su identificación con la Tarsis bíblica tampoco ha favorecido el avance de la investigación, deudora durante años de una solución a este problema. Un ejemplo evidente de ello son los esfuerzos derrochados por Schulten para identificar la capital del reino de Tarteso, llevado por una visión romántica de la arqueología que no obstante aún hoy sigue en vigor en algunos círculos académicos, como si de ello dependiera nuestro conocimiento real de su cultura.

Por consiguiente, Tarteso no sólo atrae por su conocimiento parcial, sino porque las incógnitas que aún genera abonan un amplio campo que permite utilizar recursos ajenos a la ciencia, caso de la intuición, para explicar fenómenos que todavía nos están velados. La intuición y la imaginación, junto con la duda, son inexorablemente el germen de lo empírico; siempre partimos de un supuesto o hipótesis para luego proceder a su demostración. La única forma de acercarnos a una cultura, y máxime si está tan desdibujada como la tartésica, es mediante un enfoque social y económico de corte materialista, limitando los paradigmas históricos culturales que han lastrado su investigación. El escaso éxito de las teorías postprocesualistas entre los arqueólogos españoles no deja de ser una ventaja para acometer con relativa objetividad los retos que aún nos quedan por asumir a la hora de adentrarnos en el conocimiento de la cultura tartésica, donde, en el actual estado de nuestro conocimiento, no podemos obviar una base positivista que nos permita afianzar las numerosas hipótesis de trabajo.

Debemos entender Tarteso como un drástico cambio cultural acontecido en el suroeste de la península Ibérica como consecuencia de la aportación demográfica y cultural fenicia y la posterior interrelación

entre ambos grupos, hechos que se desarrollaron entre los siglos VIII, una vez consolidada la presencia fenicia, y la primera mitad del siglo VI antes de nuestra Era, una amplia y rica fase cultural que se ha venido denominando como Período Orientalizante. De hecho, se utilizan indistintamente los términos tartésico u orientalizante cuando se hace referencia al elenco de materiales que los caracteriza. Sin embargo, sí parece necesario incidir en un matiz; mientras lo tartésico carece de un acuerdo unánime sobre su origen, nadie pone en duda que el inicio de lo orientalizante está directamente ligado a la presencia de lo fenicio; por el contrario, se es inflexible en el final de lo tartésico, en la primera mitad del siglo VI, mientras que la expresión de lo orientalizante sigue viva e incluso se potencia en las tierras del interior hasta los últimos años del siglo V, de lo cual se deduce que también lo tartésico debería contemplarse hasta esa fecha, si bien con otras connotaciones geográficas y socioeconómicas, y dejar de utilizar denominaciones tan desafortunadas como postorientalizante, que sólo inyectan más confusión a una fase ya de por sí compleja.

Para evitar el estancamiento en la investigación sobre Tarteso, debemos abrir otros caminos que de hecho ya se llevan ensayando algunos años con bastante éxito. Los estudios realizados sobre los diferentes materiales arqueológicos que definen la cultura tartésica deberían ser útiles no sólo para concretar su analogía formal y cronológica, su elaboración técnica o su posible funcionalidad, sino que, sobre todo, deberían servir para configurar espacios geográficos que nos ayuden a entender las relaciones entre territorios afines culturalmente, pero personalizados en función de sus recursos naturales, productivos y culturales; es decir, de sus diferentes sistemas económicos, pues sólo de esta forma podremos entender las relaciones sociales de estos pueblos y no centrarnos sólo en sus expresiones artísticas que, como es lógico, sólo reflejan un aspecto restringido de ese entramado social. Por ello, es casi obligado reivindicar aquí la necesidad de seguir analizando con profundidad los estudios de los materiales cerámicos, mucho más expresivos arqueológicamente que cualquier objeto de prestigio por muy llamativo que éste sea; la contextualización de las cerámicas, sus tipos y técnicas de elaboración pueden acercarnos con meridiana claridad a territorios bien configurados que, a la postre, nos facilitarán la comprensión de las relaciones culturales; aunque soy consciente de que este trabajo en ningún caso puede resultar tan atractivo como otros estudios sobre materiales estéticamente más lucidos, también es cierto que a través de éstos no se han conseguido avances significativos, ya sea porque suelen aparecer fuera de contexto o bien porque los contextos en que aparecen, principalmente el funerario, se apartan de lo cotidiano, donde en realidad reside el componente social que nos debería interesar. A veces parece que en Tarteso sólo existían tumbas principescas, aristocracias y elites por todas partes; pero así es muy difícil desentrañar la verdadera estructura social de una comunidad. Sólo así podremos acercarnos a la realidad de Tarteso, tanto tiempo perdida en la confusión.

II. El mito

La fascinación por las culturas de la Antigüedad casi siempre se adquiere a través de la mitología, la leyenda o los hechos épicos; el poema de Gilgamesh es la puerta que nos adentra en la civilización mesopotámica, como la *Ilíada* y la *Odisea* son los vehículos esenciales para indagar en las raíces griegas, o la *Eneida* para entender el fulgurante esplendor de la romana. Los respectivos Estados se preocuparon de crear un ambiente del pasado en el que asentar las bases de su legitimidad nacional. Todo Estado ha forjado sus grandes hombres y ha confeccionado un complejo mundo anímico y espiritual protagonizado por dioses hacedores, capaces de protegerlos en los momentos difíciles de las batallas, pero también de los acontecimientos de la vida cotidiana, donde la muerte es determinante. Además, esos mitos sirven para perpetuar el poder hereditario en unos casos, siempre amparado por la divinidad, o para dotar de una sólida identidad a todo un pueblo bajo cualquier otro sistema de poder, pero siempre con el fin de cohesionar a la sociedad y alimentar la idea del Estado.

Tarteso también participó de ello, aunque con una variante inédita, el mito sobre su origen lo crean los autores griegos, con la participación de importantes personajes mitológicos afines a su propia cultura. Tarteso debió tener para los griegos, y antes para los fenicios, un valor simbólico muy especial, pues se ubicaba más allá del mar que les era familiar, el Mediterráneo. Para acceder a ese mundo desconocido para el común de los griegos había que superar las columnas de Hércules, un hito que comunicaba el *Mare Nostrum* con el océano donde, según la mitología clásica, se encontraba el Hades, el mundo del más allá. El halo de misterio que debió tener Tarteso para los griegos se evidencia cuando lo eligen como escenario para que uno de los personajes míticos más importantes de la Antigüedad, el semidios Heracles, realice dos de sus doce trabajos gracias a los cuales logró la inmortalidad. A medida que Heracles iba sorteando los trabajos que le imponía su hermanastro Euristeo, éste le iba imponiendo tareas más duras y alejadas del ámbito geográfico griego, por eso sus últimos trabajos tuvieron como escenario el extremo occidente, un lugar desconocido y lleno de peligros que debió exaltar la imaginación de sus conciudadanos y donde el propio Heracles levantó las columnas que simbolizaban el fin del mundo, una identificada con el Peñón de Gibraltar, la antigua Calpe, y la otra con Abyla, tal vez el monte Hacho de la actual ciudad de Ceuta. El robo por parte de Heracles de los toros de Gerión, el mítico rey tartésico, es ciertamente interesante por cuanto se hace mención tanto al lugar donde perpetró el robo, en Eriteia, como por la importancia del toro, uno de los símbolos más propagados en la cultura tartésica y que tanta importancia tuvo en las futuras culturas hispanas.

La dinastía tartésica —si bien él nunca mencionó el topónimo Tarteso— que presentaba Hesíodo en su *Teogonía* era realmente inquietante:



FIG. 1. Vista aérea de la Bahía de Algeciras con el Peñón de Gibraltar y la costa del norte de África. En primer término el yacimiento de Carteia. (Foto Proyecto Carteia 2003).

Crisaor engendró al tricéfalo Gerión unido con Calirroe, hija del ilustre Océano; a éste le mató el fornido Heracles por sus bueyes de mancha basculante en Eriteia rodeada de corrientes. Fue aquel día en que arrastró los bueyes de ancha frente hasta la sagrada Tirinto, atravesando la corriente del Océano. (Hesíodo, *Teogonía* 287-290)

Gerión era un gigante alado con tres cuerpos y sendas cabezas; su padre, Crisaor, también era un ser extraordinario por su envergadura e hijo de la no menos terrorífica Gorgona Medusa, de cuyo cuello nació Crisaor junto a su hermano Pegaso. La Gorgona Medusa se convirtió pronto en uno de los personajes más espeluznantes del mundo mítico griego; tenía una mirada que petrificaba a todo aquel que reparara en ella, amén de poseer dientes de carnívoro y una cabeza tocada con serpientes; su ferocidad y mirada letal sirvieron a la postre para ensalzar el valor de Perseo, quien cercenó su cabeza gracias al escudo que le había dado Atenea para defenderse. Pero no será ésta la única referencia que encontremos sobre Gerión como rey de Tarteso; Estesícoro de Himera, en torno al siglo VI a.C., cuenta en su poema *La Gerioneia*, cómo el rey tartésico había nacido junto a la isla Eritea, identificada con *Gadir*, «más o menos en frente de la famosa Eriteia, junto a los manantiales inagotables, de raíces de plata, del río Tarteso, en la gruta de una peña».

El relato más completo sobre Gerión y el décimo trabajo de Heracles se lo debemos a Apolodoro de Atenas, basado según muchos investiga-

dores en el de Estesícoro, pero realizado seis siglos más tarde. En su *Biblioteca mitológica* (2, 5, 10), relata lo siguiente:

Como décimo trabajo se ordenó a Heracles el ir a buscar el ganado de Gerión de Eriteia. Es ésta una isla situada en las proximidades del Océano, que ahora se llama Cádiz, habitada por Gerión, hijo de Crisaor y de Callíroo, la hija del Océano. Gerión tenía los cuerpos de tres hombres, crecidos juntos, unidos en uno por el vientre y divididos entre tres desde los costados y los muslos. Era propietario de un rojo rebaño. Euritión era su pastor y su perro guardián Orto, de dos cabezas, hijo de Equidna y de Tifón. Viajando a través de Europa a buscar el rebaño de Gerión, Heracles mató muchas bestias salvajes. Se fue a Libia, y al pasar por Tartessos levantó los dos pilares, uno a cada lado, en los límites de Europa y de África, como monumento de su viaje. A lo largo de su viaje fue abrasado por el Sol y él dobló su arco contra el Sol. El Sol, admirado de su atrevimiento, le dio una copa de oro, con la que atravesaría el Océano. Llegó a Eriteia, y se hospedó en el monte Abas. El perro lo divisó y se precipitó sobre él, pero le golpeó con su maza. Cuando el pastor vino a salvar al perro, Heracles le mató también. Menetes, que pastoreaba el rebaño de Hades en aquel lugar, le contó a Gerión lo sucedido. Gerión sorprendió a Heracles, al lado del río Antemo, en el preciso momento de llevarse el rebaño. Luchó con él, y lo mató. Heracles embarcó el rebaño en la copa, atravesó el mar hacia Tartessos y devolvió la copa al Sol.

En contraposición encontramos al geógrafo y cronista del siglo VI a.C., Hecateo de Mileto, uno de los logógrafos más reputados por sus viajes por Europa y Asia, si bien nunca visitó la península Ibérica; destaca por su crítica a la mitología griega como medio para describir lugares y hechos presuntamente históricos. De esta forma lo ha descrito Arriano en su libro *Anábasis II* (16, 5-6):

Gerión, contra quien Euristeo mandó a Heracles Argivo a robarle las vacas y conducirlas a Micenas, no tiene nada que ver con esta región de Iberia (Tartessos), al igual, afirma que Heracles no fue enviado a la isla Ereteia, más allá del Gran Mar, sino que Gerión era rey en una región continental de Ambracia y de Anfíloco, y que fue de esta región de donde Heracles condujo al ganado, y que éste era el nada desdeñable trabajo que le había sido impuesto. Lo que yo sí puedo afirmar [comenta el propio Arriano] es que esta región continental es hoy rica en pastos, y que alimenta pingües ganados, y no me parece que sea inverosímil que llegara a Euristeo la fama del ganado de esta región del Epiro; así como el nombre de su rey, Gerión, también creo estar seguro de que Euristeo no ha conocido el nombre del rey de los iberos, la más remota región de Europa, ni si en ella se criaban o no pingües vacas (a no ser que alguien llevara allí a Hera y ésta lo hubiera comunicado a Heracles por medio de Euristeo, queriendo así disimular con una leyenda tan increíble relato).

Sin embargo, otros autores, como el propio Heródoto (IV, 8), insistían en situar el mito de Gerión en el extremo occidente: «tenía (Gerión) su morada en una isla que los griegos denominan Eriteia, que se encuentra cerca de Gadeira, ciudad ésta situada más allá de las Columnas de Heracles, a orillas del Océano». Y el propio Estrabón da por ciertos los versos de Estesícoro sobre la localización de Tarteso como el lugar donde se desarrollaron los acontecimientos míticos que tuvieron como protagonistas a Gerión y Heracles. La insistencia de estos reputados geógrafos e historiadores velaron los reparos de Hecateo y la identificación de Tarteso con el mito se generalizó en época romana, siendo asumido por escritores del prestigio de Virgilio que lo menciona en *La Eneida* (VII, 262-263), o de Diodoro Sículo en su *Bibliotheca Histórica* (IV, 17,1-2; 18,2-3), donde destaca el siguiente poema (18,2):

[...] y Heracles, habiendo recorrido una gran parte de Libia, llegó al Océano cerca de los gaditanos y colocó estelas (columnas) en cada parte de los continentes, y habiéndole acompañado la flota llegó a Iberia y habiendo percibido que los hijos de Chrysaor habían acampado en tres grandes ejércitos uno a distancia de otro, mató a todos los jefes tras citarlos a combate singular apoderándose de Iberia se marchó conduciendo los renombrados rebaños de bueyes: y atravesando la región de los iberos y recibiendo honores de uno de los reyes del lugar, varón de religiosidad y justicia sobresaliente, dejó parte de los bueyes como regalo al rey. Y éste, tomando todos los bueyes, los consagró a Heracles y cada año sacrificaba a él el más hermoso de los toros. Y sucede que hasta el día de hoy en Iberia se mantienen a los bueyes como sagrados.

No obstante, como puso de relieve Blázquez, son también muchos los autores que ubican el mito de Gerión en otros lugares del Mediterráneo y del interior de Europa, por lo que no sería lógico tomar estos relatos como una fuente con validez histórica. Sin embargo, las continuas alusiones a la riqueza en plata de Tarteso ha sido otro de los hitos que la han caracterizado, y que a la postre se ha convertido en el mayor argumento de peso para justificar tanto el mito como la colonización mediterránea de estas tierras tan extremas. También se ha querido asociar el otro trabajo de Heracles en el extremo occidente con la riqueza de Tarteso, en este caso el oro. Y en efecto, el penúltimo trabajo que tiene que sortear Heracles es robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, símbolo de la eternidad. Por último, cabe recordar que según algunos autores clásicos como Pausanias (X, 17, 5) o Solino (III, 4), Gerión tuvo una hija llamada Erytheia, quien engendró con el dios Hermes un hijo de nombre Norax, un nuevo rey tartésico que sin embargo abandonaría su reino para establecerse en Cerdeña, donde fundaría la ciudad de Nora. Este es uno de los mitos que mayor interés ha levantado entre los historiadores, no ya por el hallazgo de una estela dedicada al dios chipriota Pumur donde, con cierta reserva por parte de los filólogos, parece que se hace alusión a Tarsis, sino por cuanto en los últimos años se están intensificando las investigaciones

para probar las relaciones culturales entre la península ibérica y Cerdeña, donde se han hallado numerosas pruebas de un comercio estable desde, al menos, el Bronce Final. Por último, es preciso hacer referencia a otro rey tartésico de nombre Theron que muchos han puesto en relación con el propio Gerión, pero que tiene gran interés porque se le menciona como el monarca que luchó contra los fenicios de *Gadir*, sin duda un dato de gran interés para todos aquellos que disocian lo tartésico de lo fenicio.

Como se puede apreciar, la ficción alegórica creada por los griegos para ilustrar el origen de Tarteso es de carácter negativo, todas las referencias sobre Tarteso se refieren a seres fantásticos, horribles y despiadados que son sacrificados por los personajes más celebrados del mundo griego, como eran Perseo y Heracles. Pero el mensaje de los creadores de estos mitos parece bastante nítido: una vez vencidos esos monstruos y borrados de la faz de Tarteso, los griegos ya pueden aventurarse a ir hacia Occidente; allí les esperan grandes beneficios comerciales y la protección de un nuevo rey civilizador, Argantonios, heredero de las dotes legislativas de su antecesor Habis. Desgraciadamente carecemos de información sobre Tarteso a través de las fuentes fenicio-púnicas, pero la lejanía y su desconocimiento debió generar también inquietud entre los primeros navegantes que osaron arribar hasta las columnas de Hércules atraídos por las leyendas sobre su inmensa riqueza, transmitida sin duda por otros pequeños grupos de extranjeros que desde tiempos remotos tocaban las costas peninsulares esporádicamente.

Mayor interés si cabe tiene el mito de Gárgoris y Habis por cuanto entronca con la tradición de los mitos griegos, romanos y orientales en general. Habis se convierte en un rey legislador, justo, introductor de la agricultura y, en definitiva, un rey civilizador que abrirá paso a la nueva sociedad sobre la que reinará con la protección de los dioses. Merece la pena reproducir aquí el mito de ambos reyes a través del epítome que Justino hizo sobre un texto del historiador galorromano del siglo I a.C., Gneo Pompeyo Trogo:

Los bosques de los tartesios, en los que los Titanes, se dice, hicieron la guerra contra los dioses, los habitaron los curetes, cuyo antiquísimo rey Gárgoris fue el primero que descubrió la utilidad de recoger la miel. Éste, habiendo tenido un nieto tras haber violado a su hija, por vergüenza de su infamia intentó hacer desaparecer al niño por medios diversos, pero, salvado de todos los peligros por una especie de fortuna, finalmente llegó a reinar por la compasión que despertaron tantas penalidades. Ante todo, ordenó abandonarlo y, pocos días después, al enviar a buscar su cuerpo abandonado, se encontró que distintas fieras lo habían alimentado con su leche. [...] Por último mandó arrojarlo al Océano. Entonces claramente por una manifiesta voluntad divina, en medio de las enfurecidas aguas y el flujo y reflujo de las olas, como si fuera transportado en una nave y no por el oleaje, es depositado en la playa por unas aguas tranquilas, y no mucho después se presentó una cierva, que ofrecía al niño sus ubres. Más tarde, por la convivencia

con su nodriza, el niño tuvo una agilidad extraordinaria y durante mucho tiempo recorrió montañas y valles en medio de los rebaños de ciervos, no menos veloz que ellos. Finalmente, apresado con un lazo, es ofrecido al rey como regalo. Entonces por el parecido de las facciones y por las señales que se habían marcado a fuego en su cuerpo cuando pequeño, reconoce al nieto. Después, admirando tantas penalidades y peligros, él mismo lo designa su sucesor en el trono. Se le puso el nombre de Habis, y, después de haber recibido la dignidad real, fue de tal grandeza, que parecía no en vano arrancado a tantos peligros por la majestad de los dioses. De hecho, sometió a leyes a un pueblo bárbaro bajo el yugo del arado y a procurarse el trigo con la labranza y obligó a los hombres, por odio a lo que él mismo había soportado, a dejar la comida silvestre y tomar alimentos más suaves [...] Prohibió al pueblo los trabajos de esclavo y distribuyó la población en siete ciudades. Muerto Habis, sus sucesores retuvieron el trono durante muchos siglos. (Justino, Epit. Hist. Phil, XLIV, 4)

Basándose en este texto, algunos investigadores, entre los que destacan Caro Baroja, Maluquer de Motes o Blázquez, han querido ver la plasmación de Tarteso, sustentada en una monarquía dinástica de origen mítico, basada en la riqueza de la plata y cuya organización sociopolítica, dividida en clases, no diferiría mucho de la de los pequeños reinos que aparecen en la obra de Homero. Para otros, como García Moreno o González Wagner, se trataría de un texto elaborado en época helenística para justificar los orígenes de Tarteso, ya en ese momento desaparecido, y por lo tanto con un valor histórico muy limitado. Llama la atención la continua utilización de topónimos o hechos análogos conocidos desde antiguo, convirtiéndose la historia de Habis en una amalgama de mitos entre los que se identifican personajes destacados como Moisés, Sargón, Ciro o Rómulo y Remo.

III. La leyenda y las fuentes históricas

EL RETORNO DE LOS HÉROES

Tanto en la *Ilíada* como, sobre todo, en la *Odisea*, Homero hace continuas alusiones al extremo Occidente como un lugar misterioso lleno de peligros y de personajes fantásticos; allí estaba el Tártaro, el lugar más profundo e ingrato del infierno que, según Estrabón, Homero asoció a lo que se conocía de Tarteso, por lo que algunos han querido ver la similitud de ambos vocablos, que, dicho sea de paso, carece de cualquier base filológica. Lo que sí interesa señalar es que tras la guerra de Troya y la posterior crisis micénica, el mundo occidental entra en lo que se ha venido en llamar la Edad Oscura, una época dilatada en el tiempo que coincide con los últimos momentos del Bronce Final. Ese cataclismo del poder micénico tuvo consecuencias políticas y económicas

de magnitud en todo el Mediterráneo, pero a la vez sirvieron para reestructurar y cimentar el futuro poderío griego. Aquí nos interesa señalar el ciclo literario que generó el regreso de los héroes de la guerra de Troya, los *nostoi*, según la denominación griega, de los que nos hablan algunas fuentes según las cuales ciertas ciudades de la península ibérica habrían sido fundadas por estos héroes, entre los que se encontraría el propio Ulises. Otros de estos héroes, entre los que destacan Menesteo, Ocelas, Diomedes, Teucro o Menelao, se habrían establecido o bien habrían cruzado la península buscando la ruta de regreso a su patria. Las noticias se las debemos fundamentalmente a Estrabón, quien sitúa a estos héroes en varios puntos de nuestra península, desde Galicia hasta Baleares y, por supuesto, el sur peninsular. Las referencias fueron analizadas pormenorizadamente por García Bellido en su *Hispania Greca* en 1948, considerándolas leyendas carentes de valor histórico. No obstante, recientemente, Bendala Galán ha vuelto a suscitar el tema para ilustrar la antigüedad de las relaciones griegas con la península ibérica, pero sin darle tampoco el valor histórico del que evidentemente carecen.

LAS REFERENCIAS GRECOLATINAS

Las fuentes grecorromanas sobre Tarteso han generado una atención especial por parte de los investigadores de la Antigüedad, aunque a veces han carecido de la revisión crítica que estos textos merecen. Estas fuentes, de innegable valor histórico, han sido utilizadas en ocasiones con un alto grado de subjetividad para justificar algunas premisas históricas que no han sido ratificadas por la Arqueología, lo que ha generado un cierto desencuentro entre los estudiosos de este período que ya, por definición, entra de lleno en la Protohistoria. El topónimo Tarteso, abordado como realidad histórica, como entidad geográfica, o bien como concepto mitológico o simbólico, entra en la literatura histórica muy pronto, en el siglo VII a.C., en relación con el viaje de Coleo de Samos descrito por Heródoto; un siglo después vuelve a aparecer de la mano del poeta de Himera, Estesícoro, como hemos visto en el apartado anterior. Sin embargo, llama la atención que ni Homero ni Hesíodo lo mencionen, de lo que se podría deducir que era completamente desconocido en el siglo VIII, cuando ambos poetas realizan sus obras. Parece, pues, que el relato del viaje de Coleo marca el punto de partida del comercio griego en la Península, el momento en que se crea su leyenda para incentivar ese comercio ante los prejuicios de todo viajero a adentrarse en un mundo totalmente desconocido. Así, por ejemplo, se fomentó la conquista de América del Sur, creando un Eldorado que atrajera desde España la mano de obra necesaria para desarrollar la colonización.

Pero los textos muchas veces son confusos, en la mayor parte de los casos no se deben a observaciones directas de los autores, sino a referencias que, en ocasiones, se remontan a siglos atrás, con lo que ello implica en la interpretación de los datos originales.